

Edgardo Scott

IMAGINARIO



INTERZONA

IMAGINARIO

Edgardo Scott

IMAGINARIO

INTERZONA

INTERZONA

Scott, Edgardo

Imaginario / Edgardo Scott. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2024.

128 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-790-104-7

1. Cuentos contemporáneos. 2. Cuentos. I. Título.

CDD A863

© Edgardo Scott, 2024

© interZona editora, 2024

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Edición integral: Fátima Nieves García

Corrección: Fernando Ozón

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

“Historia del avión” fue anteriormente publicado en *La guerra menos pensada*, compilado por Victoria Torres y Miguel Dalmaroni, Alfaguara, 2022.

“La inolvidable historia del Renguito McGahern y el camino de tierra” fue anteriormente publicado en *Traición*, FED2023, Ediciones Godot, 2023.

ISBN 978-987-790-104-7

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para el Hurón, estos cuentos de
acá y de allá, según se mire.

*Todo lo que ves o es
como la imaginación
se junta con total interferencia.*

Charly García

La imaginación nunca olvida.

Thoreau

FRANZ REICHELT

4 de febrero de 1913

Resumo: o sea que un año después usted quiere hacer una efeméride, una nota de color sobre monsieur Reichelt, y me pregunta si yo sabía que iba a matarse y por lo tanto si lo dejé morir o lo empujé al suicidio –aunque fuera “inconsciente”, como está de moda decir ahora–. Entiendo. Comprenderá que las cosas nunca son tan simples; pase veinte años en esta *préfecture* y se dará cuenta. Por otro lado, la tragedia de monsieur Reichelt, si bien tiene un sentido más oscuro y misterioso, también tiene un matiz pragmático; es el problema del que acata órdenes: nunca las cumple bien. Yo había autorizado un maniquí, que Reichelt arrojara un maniquí. Pero el que acata órdenes no escucha. Imagínese. Un sastre, alguien que trabaja, que viste maniqués; muñecos, estilizados, pero muñecos al fin. Tenía la manía de los maniqués, de las siluetas ideales. El par de veces que vino a la *préfecture*, con su francés intratable, me insistía con los maniqués, me decía que en Joinville lo había logrado. Incomprobable. Y yo le decía: “pero los maniqués no tienen miedo”. Lo que pesa es el miedo. ¿Usted vio la película? Reichelt tiene miedo antes de saltar, pero ya está jugado. Y el orgullo es más grande; el orgullo es idiota, tiene razón, en eso estamos de acuerdo.

Murió envuelto en ese traje o aparato que había diseñado para salvarse. Ese traje, ese invento que al final fue una trampa. Y pensar que le iba bien como sastre. Una sastrería en el 6^{ème}, *pas mal du tout* para un emigrado del este. Un hombre todavía joven, a pesar de esos

bigotes y de la locura a cuestras. Usted se dio cuenta de que la gente, cuando pasa la juventud, o se aburguesa o se vuelve loca. También están los criminales, tiene razón, cómo olvidarlos. ¿Pero vio el traje? ¿Estuvo ahí esa mañana? Parecía un disfraz de murciélago. ¿Cómo iba a volar con eso? ¿Usted vio cómo vuela un murciélago? No es un pájaro, es una rata aleteando, desesperada, chillando todo el tiempo, con esas membranitas... En fin, a lo sumo no se cae mientras cruza de una rama a otra. Pero no vuela. Reichelt estaba loco no por volar, por la plata. Pensaba que con ese diseño podría vender un equipo de paracaidismo a todos los ejércitos. En eso sí fue visionario, en cualquier momento se viene una guerra grande.

Y, para cubrirme, lo obligué a hacer un testamento también. A ver si así aflojaba, meterle una traba más. La burocracia francesa es la mejor del mundo, es decir la peor. ¿No sabía lo del testamento? Acá lo tengo. Lea. No, mejor le traduzco porque la ortografía de Reichelt era peor que su acento:

Hecho en París el 3 de febrero de 1912:

Quien suscribe hace cesión de todo lo que posee a madame Louise Schillmann, empleada devota, prestando servicios desde hace años. Y la autoriza a disponer de cualquier factura que reste impaga, además desearía que cualquier ganancia que surgiere del fruto de mi invención le diera una renta anual de ciento quince francos en el caso de que mi invento generara menos de tres mil francos. Madame Louise Schillmann, nacida Reis, deberá compartir con mis padres en dos partes iguales, pero solicito hagan saber a mis padres que prohíbo a mi hermana Catarina recibir algo.

Le ruego a madame Schillmann haga valer mi voluntad y me disculpe por el dolor que podría causarle mi deceso.

Envíese a mis padres mi ropa y mis accesorios. Mi anillo y mis relojes.

Los abraza sinceramente,

Reichelt. 8 rue Gaillon.¹

¹ Traducción del autor a partir del testamento original de monsieur Reichelt.

Parece que estaba enamorado de la empleada. Sucede muy a menudo con los sastres. Podría pensarse en un sacrificio amoroso, pero no. Si quiere saber la verdad, vuelva a mirar esas filmaciones. Ocho de la mañana en el primer piso de la torre Eiffel. Cero grados. Se ve el vapor de Reichelt cuando respira. Una mañana gris y helada. A veces pienso que si hubiera llovido... Usted sabe que todo suicidio es contingente. Lo que digo es que al mirar esas filmaciones cualquiera puede darse cuenta de que Reichelt es consciente del error. Pero ya es tarde. Siente que todos esperan que salte, es decir, todos esperan que se mate. ¿Se imagina si hubiera salido volando? Saltar de la torre y planear por Champ-de-Mars no como un murciélago, sino como un águila, o como una de esas aves enormes que hay en Los Andes. Cóndores, exacto. En los Alpes franceses no hay cóndores. Hubiera sido lo más parecido a un milagro. No sé si usted es creyente.

Reichelt está ahí arriba y sabe que tiene que saltar. Y a su vez sabe que el traje no va a funcionar, que es apenas un disfraz, que va a morir. Va a matarse por culpa de su vanidad, de una suma de circunstancias desfavorables, pero sobre todo, como también está de moda decir, por la “presión social”. Y ahí es cuando entiende otra cosa, algo que le da el verdadero coraje para tirarse. Entiende que no, que en realidad se tira porque así va a fracasar, y ese fracaso, mortal y escandaloso, va a hacer que alguien después triunfe. Porque así funciona la Historia. La victoria nace del fracaso y viceversa. Estamos de acuerdo, me alegro. Tengo *cognac* y oporto, ¿quiere una copita? Bueno, ahí arriba, muerto de frío y de miedo, y con ese disfraz ridículo, Reichelt se da cuenta de que gracias a su caída habrá otro hombre que después vuele, que de veras pueda volar. Es lo único que han querido los hombres desde que salieron de las cuevas, ¿no? Entiende eso y entiende además que su notoriedad y posteridad están aseguradas. Nadie más va a saltar desde la torre. Sus trajes serán más caros. Le dará un buen pasar a sus padres y a madame Schillmann.

Y entonces ya no duda, es solo el cuerpo que teme por última vez. Pero Reichelt se hace hombre en ese momento y prevalece. Es un segundo. Salta. No cae, salta. Y unos segundos después deja un hoyo de quince centímetros que también lo muestran esas obscenas filmaciones.

¿Si yo me di cuenta? Ya no lo recuerdo. Pero recuerdo su súplica. En una *préfecture* uno aprende a reconocer la súplica verdadera de la infame, es parte del oficio. Finalmente, si no era de la torre Eiffel, se iba a tirar de otro lado. Le autoricé el maniquí, le pedí el testamento y lo miré a los ojos, y con eso estuvo todo dicho.

No, no sueño con él. No, no me arrepiento. Hay tantas cosas peores que lo de Reichelt. O más tristes. Pero sabe, tal vez yo sí era uno de los pocos que esperaba el milagro. Y a veces cuando cruzo el río con la línea 6 y hay esa vista de postal de la torre, pienso en él, lo imagino, lo *veo* de algún modo, pienso que Reichelt es un cóndor o se transforma en cóndor, bate las alas y, saltando del primer piso de la torre, planea por Champ-de-Mars y después sube hasta la punta, hasta que es apenas otro pájaro en el cielo, irreconocible, hasta que se pierde de vista.